


Artículo

Protegerse de la invasión: Una aproximación al vínculo entre naturaleza y ciudad en el manejo del arbolado de Buenos Aires

PAULA MAN¹

 0000-0002-2998-1864

Universidad Nacional de San Martín,
Argentina

perifèria

revistes.uab.cat/periferia



Junio 2022

Para citar este artículo:

Man, P. (2022). Protegerse de la invasión:
Una aproximación al vínculo entre
naturaleza y ciudad en el manejo del
arbolado de Buenos Aires. *Perifèria, revista
de recerca i formació en antropologia*,
27(1), 74-96,
<https://doi.org/10.5565/rev/periferia.864>

Resumen

Este artículo analiza ciertos modos recurrentes de concebir y experimentar los vínculos entre la naturaleza y la ciudad que se ponen en juego en el manejo del arbolado de la Ciudad de Buenos Aires. La investigación se basa en un trabajo etnográfico acompañando a una cuadrilla de poda en sus tareas cotidianas. Se observa que el arbolado urbano, símbolo de la naturaleza en la ciudad, es concebido como una invasión que debe controlarse para que no moleste a los vecinos, en un espacio urbano que se plantea como plenamente moldeado a su voluntad. Sin embargo, mostraré que a pesar de todo el esfuerzo puesto en “mantenerlos a raya”, siempre hay algo en los árboles que continúa escapando al control.

Palabras clave: Arbolado urbano; Naturaleza; Ciudad; Etnografía; Buenos Aires.

Abstract: *Protecting against the invasion: An approach to the relationship between nature and the city in tree management in Buenos Aires*

This article analyses certain conceptions and experiences on nature and the city involved in the management of trees in Buenos Aires. The investigation is based on ethnographic fieldwork conducted with a pruning crew in their daily chores. Research

¹ Contacto: Paula Man – manpaula4@gmail.com



reveals that urban trees, symbols of nature in the city, are perceived as an invasion to be controlled in order to keep neighbours safe, in an urban space that is perceived as fully shaped for their comfort. However, as I will show, despite all the efforts to “keep them in line”, there is always something about the trees that remains beyond control.

Keywords: Urban trees; Nature, City; Ethnography; Buenos Aires.

Introducción

Quienes vivimos en la ciudad caminamos junto a los árboles todos los días. Su existencia nos resulta obvia, inocua. Las ramas parecieran *naturalmente* esquivar los balcones, los cables y las luminarias. Pero rara vez pensamos en las relaciones y el trabajo involucrados en mantener las calles arboladas y a la vez despejadas, libres de interferencias, para los vecinos de la ciudad.

Si bien se tiende a pensar el espacio urbano en general, y los árboles en particular, como algo “técnico y apolítico” (Braverman, 2014, p.132), en este artículo mostraré que en los conflictos en torno al manejo del arbolado urbano se despliega un denso entramado social que se imbrica en procesos más generales y de gran relevancia actual. En este sentido, me propongo analizar los modos de concebir y experimentar los vínculos entre la naturaleza y la ciudad que se ponen en juego en el manejo del arbolado de la Ciudad de Buenos Aires.

Este artículo se basa en un trabajo de campo etnográfico realizado durante los años 2019 y 2020 en el marco de mi tesis de grado. Partiendo de la premisa de que el espacio urbano no es una realidad natural y dada, sino que se produce cotidianamente (Lefebvre, 2013 [1974]; Delgado, 2007; Harvey, 1998) me propuse, justamente, estudiar la ciudad “mientras se hace” (Espinosa, 2021, p. 101), acompañando semanalmente a una cuadrilla en el desarrollo de las tareas cotidianas de mantenimiento del arbolado urbano. Las observaciones se centraron en dos comunas en las zonas centro y centro-sur de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Además del contacto con los podadores, mi presencia durante las jornadas de poda me permitió tomar contacto con las inspectoras de arbolado que trabajan en estas comunas y con los vecinos que se acercan a reclamar a podadores e inspectoras.

La observación participante fue complementada con el desarrollo de entrevistas en profundidad a actores sociales relevantes del campo estudiado, tales como inspectoras y vecinos. A su vez, se analizaron spots de propaganda publicados en la página de Facebook del Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

El contexto etnográfico: La ciudad y el arbolado

La Ciudad de Buenos Aires abarca una superficie de 203 km² emplazados casi en su totalidad en la estepa pampeana, una de las regiones geográficas con mayor productividad agrícola a nivel mundial. Algunas pocas zonas de la ciudad están construidas sobre terrenos "ganados al río" mediante el relleno de las costas del Río de la Plata, río que delimita el espacio urbano en sus fronteras norte y este.

Como producto de la acción humana, la Ciudad de Buenos Aires cuenta actualmente con más árboles de los que poseía esta región "originalmente", es decir, antes de los primeros asentamientos urbanos. De acuerdo al último censo finalizado en 2018, la ciudad tiene 431.326 árboles, de los cuales unos 370.916 ejemplares son de alineación, es decir, se encuentran en las veredas de calles y avenidas (Dirección General de Arbolado, 2019). Entre estos ejemplares, predominan los fresnos americanos (*Fraxinus americana*), los plátanos (*Platanus acerifolia*) y paraísos (*Elaeagnus angustifolia*), además de algunas especies nativas, de gran valor ornamental, como jacarandás (*Jacaranda mimosifolia*), palos borrachos (*Ceiba speciosa*) y tipas (*Tipuana tipu*)². Entre otros beneficios ambientales, los árboles liberan oxígeno, refrescan el aire, atenúan la contaminación sonora y retienen las partículas de carbón generadas por los vehículos. Estos árboles, para ser mantenidos en el complejo ambiente de la ciudad, requieren de un permanente trabajo de mantenimiento, que incluye las tareas de poda, corte de raíces, extracciones y plantaciones.

Mis observaciones se centraron principalmente en las jornadas de poda, donde las cuadrillas actúan bajo la supervisión de una inspectora o responsable técnica. Estas profesionales, egresadas de distintas carreras de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, seleccionan los ejemplares a intervenir y verifican que

2 Fuente: <https://www.buenosaires.gob.ar/desarrollourbano/manualdedisenourbano/paisaje-urbano-verde/vegetacion> (Consultada por última vez el 27/05/2022).

las intervenciones se hagan de manera “correcta”, de acuerdo a las características biológicas de los árboles. Sin embargo, como pude observar, no son solo los criterios técnicos los que definen cuándo y cómo se deben realizar las intervenciones. Hay un tercer actor que ocupa un rol fundamental: se trata de la figura del *vecino* -la persona que vive en el *barrio* y se acerca a reclamar a los podadores y las inspectoras. Como me dijo una inspectora, desde el Gobierno de la Ciudad “se baja” la orden de “dejar contento al vecino”, por lo que muchas veces, podadores e inspectoras deben negociar entre los criterios técnicos y los reclamos de los vecinos.

Como trabajó Hernández (2014), a pesar de que la categoría “vecino” pareciera ser un apelativo neutro y transparente para referirse al habitante de la ciudad, su consolidación es producto de procesos históricos y políticos relativamente recientes, vinculados a la emergencia de “la nueva gestión urbana” o la “nueva política”. A diferencia de la “vieja política” –asociada a una mera disputa entre facciones- este nuevo modo de hacer política implica la resolución de los problemas cotidianos y concretos de los ciudadanos, los vecinos que “pagan sus impuestos”, que como contrapartida esperan un “buen servicio” por parte del Estado (Hernández, 2013; Tufro, 2012). En este nuevo modo de hacer política –enmarcado en lo que Delgado denominó “ciudadanismo” (2014; 2016)- el énfasis ya no está en los grandes conflictos sociales, sino en la resolución pacífica de los reclamos ciudadanos para lograr una “convivencia ordenada”.

En el caso del arbolado, en mi trabajo de campo pude ver que los vecinos permanentemente se acercan con distintos reclamos que esperan que el Gobierno de la Ciudad resuelva “cuanto antes”. Si bien existen otras posturas y diversos matices, en este artículo me enfocaré en lo que, de acuerdo a mis observaciones, es la posición ampliamente predominante entre los vecinos y, muchas veces también, entre podadores, inspectoras y funcionarios³. De acuerdo a esta postura, los árboles son concebidos como un elemento perturbador que *invade* las casas y las calles del barrio

³ Si bien cada vez hay más vecinos que se oponen a las podas “en defensa de los árboles”, de acuerdo a lo observado, en la Ciudad de Buenos Aires estas miradas continúan ocupando un lugar marginal y la mayor parte de vecinos que se acercan a reclamar lo hacen para pedir más podas y extracciones. Partiendo de este dato etnográfico, tomé la decisión metodológica de enfocar el presente artículo en las posturas predominantes. Queda pendiente para futuras publicaciones la exploración de otras miradas “alternativas” y sus matices.

y que debe, por lo tanto, ser mantenido bajo control. En este sentido, desde el Gobierno de la Ciudad se poda para garantizar que los vecinos puedan desplazarse libremente por la ciudad, sin ninguna *interferencia* a su voluntad. Y, sin embargo, como se mostrará hacia el final del artículo, a pesar del intenso trabajo (generalmente invisibilizado) destinado a “mantener a los árboles a raya” para que “el vecino camine tranquilo”, siempre hay algo en los árboles que, inevitablemente, continúa escapándose del control. En consonancia con la clásica frase de Geertz -“los antropólogos no estudian aldeas, estudian en aldeas” (1973:33)- en este caso, el estudio de un problema muy particular, el mantenimiento del arbolado urbano de Buenos Aires, es una puerta para explorar una problemática social de más amplio alcance. En este sentido, en este artículo, partiendo del análisis etnográfico de los discursos y las prácticas de los podadores, inspectoras y vecinos en torno al arbolado urbano, me propongo analizar, de manera más general, ciertos modos recurrentes de concebir y experimentar la relación entre la naturaleza y la ciudad⁴.

El árbol sucio y peligroso

En la calle Martínez, una vecina de la cuadra, de alrededor de sesenta años, se acercó a la inspectora que estaba ese día, indignada por un tilo frente a su casa. Señalaba que las ramas más altas crecían en verano y entraban en su balcón, llenando todo de hojas, que ensuciaban y le producían alergias a su hija. Explicaba enojada que ya varias veces había hecho el pedido en la comuna, pero no había obtenido respuesta. Se molestaba también por los insectos y roedores, según ella asociados al árbol, y le preocupaba que los ladrones pudiesen trepar a las ramas más altas e ingresar en su propiedad. Un vecino suyo salió a respaldar su reclamo, señalando que él estaba a favor de los árboles, pero que en lo que se tenían que fijar era “que no molestaran a los vecinos”.

Estos dos son los puntos más recurrentes de las quejas de los vecinos: el árbol es considerado como una molestia, un peligro, o en algunos casos, una combinación de ambas. La molestia se da habitualmente en relación a la suciedad: los árboles cubren

⁴ Cabe aclarar que, a fin de preservar el anonimato de mis informantes, todos los nombres han sido modificados. En este mismo sentido, tampoco se explicitan las comunas en las que se desarrolló mi investigación, siendo modificados los nombres de las calles y avenidas.

todo de hojas y los vecinos tienen que barrer todo el tiempo. Las hojas - especialmente las del plátano, de gran tamaño- tapan las canaletas. Como dice una señora, "por culpa del árbol" tiene que pagar los arreglos de destapación de las cañerías. Los árboles son además el refugio de roedores e insectos, algo indeseable para los vecinos. Otro reclamo frecuente es en relación con las raíces, que levantan y rompen las veredas, y las ramas, aquellas más cercanas a las casas y los edificios, que rayan los aleros y rompen los techos.

En cuanto al peligro de los árboles, éste se da en dos sentidos: por un lado el temor a que caiga sobre una propiedad, una persona o mascota, y por el otro en relación a la "inseguridad", vinculada a los robos y delitos. En relación al primer punto, en la calle Thorne, un vecino en una bicicleta se acercó a pedirle a la inspectora que le cortaran urgentemente el plátano que tenía frente a su casa, argumentando que no podía ir a trabajar por el miedo a que se le cayera el techo encima por las ramas. En cuanto a la inseguridad, la preocupación principal se da en torno a que alguien se trepe por las ramas e ingrese a la propiedad, o que se escondan detrás de un tronco para asaltar. Además, las ramas de los árboles muchas veces tapan las cámaras de seguridad y las luminarias, y por eso los vecinos, como me comentó una inspectora entre risas, se quejan de que la calle es "una boca de lobo"⁵.

Uno de los términos más utilizados durante las podas, especialmente por podadores e inspectoras, es el término *interferencia*. La denominada *poda de interferencia* se hace, como me explicaron varias inspectoras, cuando el árbol *invade* la propiedad del vecino. Es frecuente, a la hora de decidir qué hacer con un ejemplar, el decir "sacá esa rama que invade". En la planilla que tienen las inspectoras, uno de los ítems para justificar una extracción es "invade el espacio aéreo". La idea de que los árboles *interfieren* o *invaden* el espacio de los vecinos -modos de expresión habituales durante las podas- ilustra a la perfección este modo de concebir y experimentar el árbol como algo molesto o potencialmente peligroso.

En un spot publicitario de la poda invernal del año 2019, publicado en el Facebook del jefe de Gobierno y titulado "Más iluminación y seguridad"⁶, aparecen distintos

⁵ Expresión coloquial figurativa para referirse a un espacio oscuro y peligroso.

⁶ Fuente: <https://www.facebook.com/horaciordríguezlarreta/videos/1224996527702037> (Consultada por última vez el 21/02/2022).

inspectores uniformados conversando con los vecinos. Explican a la cámara que hay distintos tipos de poda: que se hacen *podas de interferencia* "para que no vayan las ramas para las viviendas, para que al vecino no se le tapen las canaletas" y *despeje de luminarias* "para que el vecino camine tranquilo y no haya inseguridad". Lo que se observa es que, desde el Gobierno de la Ciudad, el blanco principal de las tareas de poda es, claramente, la figura del "vecino" y que lo que se busca, ante todo, es su satisfacción. Como me dijo una de las inspectoras, desde la comuna siempre reciben presiones políticas para que, si un vecino reclama una intervención, aunque no corresponda técnicamente, se haga igual "para dejarlo contento".

Numerosos/as autores/as -Hernández (2012; 2013; 2014), González Bracco (2013), Tufro (2012), Fava (2014), entre otros/as- han trabajado la creciente preponderancia de la figura del "vecino" como blanco por excelencia de las intervenciones gubernamentales y como sujeto legítimo a la hora de hacer reclamos al Gobierno de la Ciudad, en el marco de lo que Hernández denomina "discurso vecinalista" (2012). Como afirma la autora, desde este discurso:

(...) se destaca la construcción del vecino como víctima/damnificado por diversos factores (...) que afectan su calidad de vida. Hombres y mujeres honestos y responsables que cumplen con sus obligaciones ciudadanas (específicamente el pago de impuestos) y que por ello tienen derecho a una contrapartida inmediata (o a un legítimo reclamo en caso contrario). (Hernández, 2014, p. 7)

De una manera similar a la que señala Hernández y en consonancia con el discurso del Gobierno de la Ciudad, en las podas, presentarse frente a podadores e inspectoras como "vecino que paga sus impuestos" actúa como un legitimador inmediato de sus demandas. Y en caso de que no se cumpla este derecho ganado automáticamente por el hecho de pagar los impuestos, lo que corresponde es hacer una queja. Repetidas veces se escuchó en el campo personas que se quejaban porque habían llamado varias veces al 147 (la línea del Gobierno de la Ciudad, o como la llaman, "BA Call Center") o bien, que habían iniciado reclamos en la comuna personalmente para solicitar una poda o extracción sin obtener respuesta.

Este discurso vecinalista se enmarca, de manera más general, en lo que Delgado llamó "ciudadanismo" (2014; 2016). Se trata de un proceso en el cual el centro de

la acción política se desplaza de las masas a los individuos que, en tanto ciudadanos libres e independientes, hacen valer sus derechos frente a las instituciones de manera democrática y pacífica. Esta forma moderada de participación, característica de las clases medias urbanas, discurre en un espacio público que se plantea como desconflictivizado y desconectado de las desigualdades sociales (Espinosa y Contijoch, 2021).

En este caso, lo que espera el vecino-ciudadano que paga sus impuestos es una "gestión eficiente" del Estado, del cual espera recibir un "buen servicio" (Tufro, 2012). El vecino demanda ser protegido de toda clase de ataques "exteriores" que amenazan su "calidad de vida", como pueden ser la inseguridad, la suciedad o los agentes sociales indeseados. Por eso, si un árbol invade balcones o terrazas, debe ser eliminado, "para que el vecino camine tranquilo".

"Una guerra contra los árboles"

La ubicación era ideal para la construcción de una ciudad. Sólo había que desbrozar las orillas del río, cortando una parte del bosque, este bosque virgen arraigado en este sitio desde el nacimiento del mundo. (...) Carpinteros y madereros empezaron a trabajar, pero nunca habían visto un bosque como aquel. Agarrado a la tierra con todas sus lianas, con todas sus raíces, cuando se le cortaba por un lado, volvía a crecer por otro, se recuperaba de sus heridas, y cada hachazo provocaba el nacimiento de brotes verdes. Las calles y las plazas recién dibujadas se veían invadidas por mucha vegetación. Las paredes crecían más lentamente que los árboles, y en cuanto estaban levantadas, se desmoronaban bajo el peso de las raíces todavía vivas. (Daudet, 1873, p. 114)

Este fragmento del cuento *Wood's Town*, de Alphonse Daudet, narra la construcción de una ciudad sobre lo que antes era un "bosque virgen". Se cuenta que, a pesar del intenso trabajo de madereros y carpinteros para cortar las raíces y las ramas, éstas seguían creciendo y desarrollándose de una manera perturbadora, invadiendo las calles y rompiendo las paredes de las casas.

Esta concepción de los árboles compartida por la mayor parte de los vecinos como algo que ensucia o que resulta una amenaza para las personas, porque las ramas

pueden caer y herir a alguien, porque tapan las luminarias y hacen que la calle sea "una boca de lobo", hace pensar en la imagen clásica dentro del imaginario occidental -ilustrada en el cuento de Daudet- del bosque como el "otro" de la civilización, como el dominio por excelencia de "lo salvaje": ese espacio inquietante, oscuro, donde acechan toda clase de peligros⁷ (Pogue, 1992; Jones y Cloke, 2002). Se trata de un lugar escasamente socializado, cuyo aspecto inquietante se deriva de su completa autonomía del control humano: su potencial caótico y destructivo amenaza la seguridad del hogar, del huerto, la aldea, la ciudad -esos espacios que se presentan como plenamente controlados por los seres humanos (Descola, 2012).

Esto parte de la idea, muy particular de la sociedad occidental, de que las zonas habitadas por humanos, al ser socializadas, son arrancadas a un dominio salvaje y anterior, y se establece entre estos dos espacios una frontera tajante que debe ser permanentemente mantenida. El fragmento del cuento de Daudet es un claro ejemplo de esta concepción: la ciudad es construida desbrozando "el bosque virgen arraigado en este sitio desde el nacimiento del mundo" (1873, p. 114). El efecto inquietante del cuento se genera a partir de que, a pesar del intenso trabajo de carpinteros y madereros por remover los árboles para construir la ciudad, el "bosque virgen", sus raíces y sus ramas, siguen desarrollándose perturbadoramente, rompiendo las calles recién trazadas y destruyendo las paredes de las casas nuevas.

En esta misma dirección, un vecino, para justificar por qué debían extraer un fresno que temía que cayera sobre su vehículo, dijo: "la naturaleza si vos la dejás tiende a romper todo". La *naturaleza*, en este caso, adopta un sentido similar a la idea de "lo salvaje" descrita por Descola e ilustrada con el cuento de Daudet: es aquello que se desarrolla de manera descontrolada y caótica, amenazando la seguridad del espacio doméstico o urbano. Lo que deben hacer los seres humanos -en este caso, el Gobierno de la Ciudad en pos de la satisfacción del vecino- es impedir que "la naturaleza rompa todo", controlándola, "manteniéndola a raya". Como dice el spot del Gobierno de la Ciudad, podando de manera "preventiva" y "correctiva". La idea

⁷ Tal como señalan Jones y Cloke (2002), el bosque es un motivo recurrente en la cultura popular. En muchos cuentos infantiles, diversos peligros acechan en el bosque y vivir en él implica "vivir al filo del misterio" (Denes, cit. en Jones y Cloke, 2002). También, para mencionar otro ejemplo, en la serie de David Lynch, "Twin Peaks", el bosque contribuye a generar el ambiente claustrofóbico y ambivalente de la historia.

de *invasión* remite a este mismo sentido: se trata de algo que viene de afuera, que cruza una frontera que no debería cruzarse y por lo tanto, hay que defenderse. Como me dijo una inspectora: "es como si se tratara de una guerra contra los árboles".

Smith (2012) señala que el imaginario de la frontera, que antes servía para pensar el avance de la civilización sobre bosques y praderas alejadas, hoy en día se usa cada vez más para referirse, con un confiado sentido de conquista, al avance sobre el caos y la barbarie urbana⁸. Los árboles deben ser podados o extraídos si amenazan la comodidad del vecino: la frontera con la otredad debe ser permanentemente alejada. En este sentido, un señor que vivía en el pasaje Naón, muy preocupado por la posibilidad de que un fresno cayera durante una tormenta y destruyera su auto, discutía con una de las inspectoras, que le aseguraba que ese árbol estaba perfectamente sano y que no había ningún motivo técnico para extraerlo. Él insistía con que ese árbol tenía un "desarrollo excesivo" y por lo tanto, era peligroso. Decía que ya había pasado la "vida útil" de ese árbol y por lo tanto, "no le quedaba otra" que sacarlo. Ya no era "útil", es decir, no servía a las personas. Y por lo tanto, dado que su "desarrollo excesivo" interfería con la voluntad humana, el destino inevitable de ese árbol era el de ser extraído. El vecino hablaba como si no hubiera alternativa.

Latour señala que los modernos plantean "la idea de un tiempo que pasaría en forma irreversible y que anularía tras de sí todo el pasado" (2007, p. 78), un pasado arcaico y estable de sujeción, abandonado para siempre en pos de un futuro que promete siempre una mayor libertad para el individuo humano (paradigmáticamente blanco, masculino, occidental). Como señala Descola (2012), la "domesticación" se concibe como una compulsión, como un hecho inevitable. Vivimos en una "frontera" en infinita expansión (Bateson, 1988), en el marco de la promesa "prometeica"⁹ de emancipación del individuo humano de la naturaleza: el triunfo final de su voluntad

⁸ Si bien Smith habla del imaginario de frontera para analizar el avance de los procesos de gentrificación y yo, en este caso, lo uso para pensar los intentos de domesticación del arbolado, considero que hay una misma idea que subyace en ambos casos: se trata de ordenar el caos urbano y garantizar una ciudad limpia, clara y segura para quienes la puedan pagar.

⁹ En la mitología griega, Prometeo roba una chispa del carro del sol para entregarla a los humanos, provocando la furia de los dioses. Es un símbolo de la *hybris* humana, la desmedida ambición, contra el orden dado de las cosas. "El científico moderno o el ingeniero sería el nuevo Prometeo, que lucha por la emancipación humana a través de la dominación de la naturaleza" (Kaika, 2005, p. 12). Es una referencia paradigmática en este sentido el clásico literario de Mary Shelley, "Frankenstein o el moderno Prometeo" (1823).

sobre todas las cosas¹⁰ (Kaika, 2004; 2005). La ciudad moderna, en este sentido, se plantea como un espacio de autonomía de los procesos considerados "naturales": la producción de alimentos para sobrevivir, las variaciones estacionales o climáticas, e incluso, pareciera proponerse trascender la diferencia entre el día y la noche (Tuan, 1978). Y dentro de la ciudad, el hogar burgués –lo que se encuentra detrás de la "línea municipal"- es el epítome espacial de esta proyectada autonomía (Kaika, 2004): el lugar de "lo privado", donde el individuo puede desarrollarse con independencia del mundo exterior, el mundo de "lo público", donde quedan relegados los elementos sociales y naturales indeseados.

"Lo salvaje" es expulsado al espacio público, o de ser posible, se aleja del barrio, de la ciudad, o se asigna a espacios muy específicos designados para este fin. Para pensar este contraste binario, es posible retomar la metáfora de Sennett de la construcción de la ciudad moderna como un tablero de ajedrez (1990, p. 61): el autor plantea que la grilla urbana diferencia claramente, por un lado, las calles limpias y planas de la parte de la ciudad "sin naturaleza" donde se desplazan los humanos, y por otro, algunos fragmentos de "naturaleza sin ciudad", como pueden ser los parques y las reservas naturales.

En este sentido, un vecino señalaba que "amaba" el fresno que se encontraba en la puerta de su casa, pero "no para ese lugar, que lo pongan en un bosque nativo". Como en el tablero de ajedrez, el contraste es claro: el lugar de la naturaleza –de lo que no puede ser plenamente controlado- es el bosque; en la ciudad de lo que se trata es de que "el vecino camine tranquilo", que pueda realizar sus actividades sin ninguna limitación "externa".

A partir de lo abordado en este apartado, se desprende que el ideal que plantea el Gobierno de la Ciudad en sus spots y al cual aspiran los vecinos con sus reclamos, es el de una ciudad con veredas perfectamente lisas y calles iluminadas a toda hora, en las cuales el desplazamiento puede ser perfectamente controlable y predecible, como si se tratara de un espacio abstracto, sin naturaleza, sin interferencias a la voluntad individual. Pero lo que se borra son las marcas de producción de esos

¹⁰ Sobre la relación de la libertad humana con la destrucción de la naturaleza y el medio ambiente remito a los planteos de Chakrabarty en "Clima e historia" (2009, pp. 58-60).

espacios poderosos, aquellas calles idealmente limpias e iluminadas. De esto hablaremos en el apartado siguiente.

El trabajo y la promesa “prometeica” moderna

Para los habitantes de las ciudades muchas veces el espacio urbano se nos aparece como un hecho natural, como el fondo transparente y neutral donde se despliegan nuestras acciones. Pero, siguiendo los planteos de Lefebvre (2013 [1974]), tras esta aparente neutralidad se esconde que el espacio urbano es un producto social, el resultado de un intenso y permanente trabajo en el que habitualmente no reparamos (Delgado, 2007; Harvey, 1998; Espinosa, 2021).

En esta línea, Kaika (2005) señala que el flujo de elementos naturales, relaciones sociales y capitales que sostiene el funcionamiento de las ciudades, y dentro de ellas, al hogar moderno, se mantiene fetichizado o visualmente separado:

La producción de lo urbano permanece fetichizada, a partir de que las relaciones de su producción permanecen invisibilizadas. El espacio urbano se “naturaliza”, como si hubiera sido creado milagrosamente, como si siempre hubiera estado ahí, diferenciado y separado de los procesos sociales y naturales. (Kaika, 2005, p. 32)

En este sentido, la autora estudia el caso del abastecimiento de agua en los hogares de las ciudades de Atenas y Londres. Muestra cómo el agua pareciera brotar de forma aparentemente “natural” –como si estuviera simplemente allí, esperando a que uno abra la canilla- permaneciendo ocultos los procesos socio-espaciales de “metabolización de la naturaleza”; es decir, las redes tecnológicas, los flujos de elementos naturales, el trabajo y el capital que posibilitan materialmente la transformación del agua de lagos y ríos en una mercancía disponible para los seres humanos.

En el caso del arbolado, así como el agua que brota “naturalmente” de las canillas, las interferencias que amenazan la autonomía y seguridad del vecino parecieran eliminarse solas cuando los individuos lo reclaman. Pero lo que permanece invisibilizado es el trabajo necesario para materializar este espacio de pretendida autonomía. A diferencia de los acueductos escondidos bajo tierra, el trabajo de los

podadores se desarrolla en calles sumamente transitadas y a plena luz del día, pero aun así, permanece invisible. Yo misma, habitante de la Ciudad de Buenos Aires desde que nací, nunca había reparado en el trabajo que implicaba mantener a los árboles “controlados” en la ciudad. Parecía natural que las ramas esquivaran los balcones y las luminarias, y que el follaje creciera desde los tres metros de altura, dejando espacio para el paso de peatones y vehículos. Por eso, en mi primera visita al campo, me llamó poderosamente la atención el esfuerzo físico y el riesgo implicados en las podas:

Un vecino pide a los podadores, con tono de indignación, que corten del fresno que se encuentra enfrente de su casa unas ramas que le rayan el alero y le llenan de hojas la terraza. Enzo (uno de los podadores) trepa con la escalera mientras su ayudante Merlo la sostiene. Sube hasta un punto donde puede pararse sobre el árbol, aproximadamente a diez metros de altura, y empieza a trepar. A medida que va subiendo, en algunas ramas va enganchando el “cabo de vida” que lleva alrededor de su cintura. Con una soga que cuelgan de una rama más alta, Merlo le pasa atada la motosierra encendida. Me sorprende lo que hacen, y me da miedo. Para podar, Enzo se sostiene con una mano de la rama y toma la motosierra con la otra. En un momento, se para en una rama lateral delgadísima. Varios de los compañeros dejan sus tareas para mirarlo. Todos parecen algo preocupados o, al menos, atentos. Me da mucho miedo verlo, parece peligroso. Merlo está abajo ayudándolo, bajando algunas ramas grandes con una soga. Otras, Enzo simplemente las deja caer en el asfalto. Clara (la inspectora), Merlo y también el vecino, le van gritando indicaciones de dónde tiene que cortar. Mientras Enzo poda, el vecino le grita desde abajo diciendo “sacame esto”, señalando una de las ramas más alejadas que se acerca un poco al techo de su casa. Caen una rama enorme a la vereda y hace un ruido que me sobresalta.

Esta escena, que para mí resultó tan sorprendente la primera vez, se fue volviendo cada vez más familiar. Era una situación absolutamente cotidiana para los podadores. Enzo me dijo que al principio tenía miedo, pero “te vas acostumbrando”. Como me dijeron los podadores y como fue surgiendo a lo largo de mi trabajo de campo, el trabajo resulta muy negativo para su salud: la toxicidad de la nafta de la motosierra,

el permanente contacto con el aserrín en la boca y en los ojos, y fundamentalmente, el esfuerzo físico les genera temblores, agotamiento y problemas en la espalda.

Por otro lado, las precarias condiciones de trabajo -largas jornadas de esfuerzo físico intenso- y las pocas medidas de seguridad que disponen, hacen de los accidentes algo también cotidiano. Merlo me contó que antes él era podador y Enzo era su ayudante, pero que tuvo un accidente laboral grave hacía alrededor de cuatro años y casi queda parálítico. La cuestión del riesgo está omnipresente en el trabajo cotidiano de los podadores, fundamentalmente, en la forma de bromas entre ellos, que compartían también conmigo. Una vez, mientras Enzo estaba trepado a una rama delgada de un árbol que se estaba pudriendo, al verme preocupada, Merlo bromeaba con que "sólo hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que se caiga"¹¹.

Pero todo este trabajo, con sus concomitantes riesgos, esfuerzos y complicaciones para la salud, permanece oculto a los ojos del vecino, que aspira únicamente a que nada invada su espacio de autonomía. Como señalan Espinosa y Contijoch, la nueva utopía es la de un espacio público "aséptico, limpio, amable, seguro" (2021, p. 262), pero sin hacer ninguna referencia a las redes materiales y al trabajo que posibilitan la producción de ese espacio (Kaika, 2005). En el caso del agua estudiado por Kaika, las poderosas infraestructuras involucradas en el abastecimiento de agua son literalmente relegadas al espacio subterráneo, ocultadas visualmente. El "fetiche urbano" se basa en la desconexión de todo lo considerado viejo, sucio e inseguro y la valoración de la claridad, la limpieza y la pureza. Como me dijo una inspectora, el vecino "quiere la sombra del árbol, le gusta que sea lindo, pero a la vez le molestan las hojas, las ramas, el polen". Complejizando la metáfora de Sennett del tablero de ajedrez, no se trata de que las calles sean "sin naturaleza", sino que se trata de mantener alejados determinados aspectos de ella: los vecinos quieren árboles sanos, lindos y fuertes, sin lo sucio y lo peligroso.

Las hojas, las ramas, el polen, son considerados "contaminantes" en la ciudad en el sentido que le da Mary Douglas como "materia fuera de sitio" (1991, p. 60). Si la

¹¹ No puedo dejar pasar el hecho de que estas bromas sobre el riesgo las hacían especialmente frente a mí, etnógrafa mujer. Queda para futuras investigaciones el abordaje de los vínculos entre ciertas construcciones de masculinidad y el riesgo. Remito -entretanto- al trabajo de De Keijzer (1998). También, sería interesante pensar en la apelación al humor como un modo de lidiar con situaciones desagradables, peligrosas o difíciles.

ciudad, como vimos, se plantea como un espacio perfectamente moldeado para la satisfacción del vecino, limpio e iluminado a toda hora, la sombra y la belleza del árbol son elementos tolerados e incluso deseados. En cambio, las ramas que pueden caer, las hojas y frutos que ensucian, el polen que molesta, se encuentran “fuera de lugar”. Se trata de una apropiación muy particular de lo natural: los vecinos quieren árboles en la ciudad, sin todo lo que implica su existencia concreta como seres vivos. Esto se volvió muy evidente durante una extracción que presencié en la calle Álvarez. Los podadores se encontraban extrayendo un paraíso inmenso que, según me decían, estaba podrido por dentro. Cuando llegué el árbol ya estaba descopado, y todas las ramas (con las “pelotitas” características de la especie) estaban a un costado. La situación se veía bastante caótica: una porción enorme de vereda rota, mucha tierra desparramada, el centro podrido del tronco hecho polvo. Para terminar de extraer el árbol se armó una escena bastante llamativa: mientras un podador iba cortando con la motosierra en la parte más delgada del paraíso, los demás integrantes de la cuadrilla estaban a unos metros de distancia, tirando de una soga atada a una de las ramas.



Figura 1: Extracción en la calle Álvarez. Paula Man, 2019.

Finalmente, el árbol cayó en medio de la vereda, haciendo un gran estruendo. La gente que pasaba se detuvo sorprendida para ver. Me acerqué a ver el hueco y me asombró cómo habían quedado arrancadas las raíces. El tronco estaba hueco por dentro.



Figura 2: Interior de árbol extraído y raíces recortadas. Paula Man, 2019.

Me resultó impresionante ver una escena así en la ciudad: el árbol caído cortaba la mitad de la calle. Toda la vereda y parte de la calle estaban repletas de tierra, aserrín, pedazos de raíces y ramas cortadas, hojas, frutos, e incluso algunas cucarachas que habían salido del hueco del tronco. Todo aquello que el Gobierno de la Ciudad y los vecinos aspiraban a mantener oculto -debajo de las veredas perfectamente lisas y limpias- salía a la luz en una calle transitada de un barrio residencial de la capital. De hecho, varios vecinos de la cuadra, escandalizados, se acercaron a los podadores a preguntar "cuándo van a pasar a sacar todo esto" y "cuándo van a arreglar la vereda". Es decir, se preguntaban cuándo iba a volver todo a la "normalidad".

Como señala Douglas, la eliminación de la suciedad, de lo "impuro", "no es negativa, es un esfuerzo positivo por organizar el entorno" (1991, p. 14). En este caso, el pedido de los vecinos de que arreglasen y limpiasen "inmediatamente" las veredas, apuntaba a borrar las señales de que ahí había un árbol; de que debajo de las veredas de la ciudad hay tierra, raíces y cucarachas. Pero, como señala Kaika, "las contradicciones subyacentes de la vida urbana, el caos que vuelve posible la claridad, continúan marcadamente presentes" (2005, p. 49). Las tensiones no logran ser completamente contenidas o desplazadas en el "desorden vivo" de la ciudad

(Lefebvre, 1976, p. 25). Sin importar cuán racional, saneada y limpia (simbólica y materialmente) pretenda ser la ciudad, el "desecho urbano", "lo contaminante", inevitablemente emerge a la superficie. Vuelve a la conciencia de los vecinos en la forma de ratas, cucarachas, suciedad, basura, inundaciones, caños rotos y tantos otros subproductos indeseados de la vida urbana.

El trabajo de los podadores es testigo material de las implicancias de mantener oculto el "desecho urbano", de "controlar físicamente la existencia de la anomalía" (Douglas, 1991, p. 59). Pero, a pesar del intenso esfuerzo físico involucrado en cortar las ramas que invaden los balcones y que tapan las luminarias, en "bajar" los plátanos para que las raíces no rompan las veredas, o en limpiar y arreglar todo ni bien extraen un árbol, la utopía que promete el Gobierno de la Ciudad en sus spots y a la que aspiran los vecinos con sus reclamos permanece siempre irrealizada e irrealizable. La suciedad, eventualmente, sale a la luz. Como me señalaba una inspectora, "la satisfacción del vecino es imposible", dado que siempre algo en el árbol continúa molestando.

A pesar de la promesa "prometeica" que hace el Gobierno de la Ciudad a los vecinos, los árboles continúan interfiriendo: creciendo, ensuciando, rompiendo; incluso muriendo, cayendo inesperadamente sobre terrazas y vehículos. Como sostiene Dean, "nuestro control sobre los árboles de la ciudad continúa siendo arduamente disputado" (2014, p. 285). No se trata de atribuir a los árboles una voluntad trascendental ni antropomórfica, sino de considerar que en tanto seres vivos -con su propia materialidad, su estructura y procesos biológicos-, los árboles siguen rompiendo veredas y creciendo en lugares "indebidos", extendiendo sus ramas peligrosamente hacia la calle en busca de luz solar, y ensuciando las veredas con sus hojas.

La ciudad fracasa en su promesa de un espacio puramente artificial moldeado a la medida de la voluntad humana. Como afirma Dean (2014), lo que prueban los "árboles problemáticos" es que hay propósitos no humanos, incluso en la ciudad moderna. Hay, por ejemplo, árboles en la ciudad que no fueron plantados por personas: una inspectora me señalaba una vez un gran ombú -una especie prohibida por la Dirección de Arbolado, dada la rapidez con la que crecen y "rompen todo"- que se había desarrollado en la esquina de una plantera. Me contó que probablemente, un pájaro había transportado la semilla y la había llevado hasta allí porque si la

hubiera plantado una persona, probablemente estaría en el centro. Hay también, variaciones estacionales, que se vuelven sumamente visibles en los cambios que atraviesan los árboles en las distintas épocas del año, que inciden profundamente en el trabajo de los podadores y que afectan, inevitablemente, al vecino: en otoño caen las hojas que tapan las canaletas y ensucian, luego caen los frutos con las semillas, que molestan y dan alergia, y en verano las ramas se llenan de hojas que invaden los balcones¹².

Por lo tanto, como vimos, la ciudad que promete el Gobierno de la Ciudad con sus spots, y a la que aspiran los vecinos con sus reclamos, es materialmente imposible: la "voluntad de amaestrar lo urbano" nunca termina de concretarse (Delgado, 2017, p.14). La promesa prometeica de la modernidad supone que el mundo es "una tabula rasa para la inscripción de la historia humana" (Ingold, cit. en Descola y Pálsson, 2001), pero en tanto que en la ciudad hay otros seres vivos con sus propias características, materialidades y procesos biológicos, dicha tabula rasa no existe. Los árboles seguirán ensuciando, rompiendo veredas y cayendo imprevisiblemente. La ciudad limpia, clara y bella existe únicamente junto a la ciudad sucia, peligrosa e incontrolable.

Consideraciones finales

En el cuento de Daudet, a pesar del intenso trabajo destinado a destruir la "naturaleza originaria" para construir la ciudad, las raíces y las ramas seguían creciendo, rompiendo las calles recién trazadas y destruyendo las paredes de las nuevas casas. La imagen de la invasión es terrorífica: la ciudad, el espacio por excelencia de la civilización, es amenazado por una naturaleza salvaje.

Como abordamos a lo largo del artículo, de una manera análoga a la que presenta el cuento de Daudet, la mayor parte de los vecinos tiende a concebir al arbolado urbano como una invasión que se desarrolla de manera perturbadora y descontrolada. Desde el "discurso vecinalista" del Gobierno de la Ciudad (Hernández, 2012), lo que se propone lograr a través de las podas y extracciones es la satisfacción del vecino. Por

¹² Remito, para pensar el vínculo entre las variaciones estacionales y la actividad de los grupos sociales, al texto clásico de Mauss (1979) y a Silla (2010).

lo tanto, cuando los árboles invaden o interfieren, se deben “mantener a raya”, con el fin de garantizar “más iluminación y seguridad” para los vecinos en sus hogares y en las calles del barrio. Se trata de que el vecino se pueda desplazar de una manera controlable y predecible, como si se tratara de un espacio abstracto, sin naturaleza, sin interferencias a la voluntad individual.

Sin embargo, como se desarrolló, a pesar del intenso trabajo de los podadores –con sus concomitantes riesgos y complicaciones para la salud-, la utopía que promete el Gobierno de la Ciudad en sus spots y a la que aspiran los vecinos con sus reclamos, permanece siempre irrealizada e irrealizable. La promesa de un espacio claro, limpio y puro, desconectado de todo lo considerado viejo, sucio e inseguro, es materialmente imposible. En tanto que en la ciudad hay estaciones, hay otros seres vivos con características propias, con sus propias materialidades y procesos biológicos, la “domesticación urbanística” (Delgado, 2007, p.17) está condenada al fracaso.

Y más allá de ser imposible de ganar, esta “guerra contra los árboles” pierde de vista un hecho fundamental: los árboles cumplen funciones cada vez más necesarias para la continuidad de la vida urbana, en tanto que contribuyen a mitigar los efectos del acuciante cambio climático. Parafraseando a Bateson (1988), hay algo intrínsecamente paradójico en esta “guerra”, en pensar a los árboles como un enemigo que *interfiere* con la “calidad de vida” humana: si lográramos derrotarlos, eventualmente, nos destruiríamos también a nosotros mismos, minando peligrosamente nuestra capacidad de sobrevivir a las transformaciones del planeta.

En este artículo, a partir del análisis etnográfico de lo que podría ser un problema puntual e incluso, en apariencia, ajeno a las ciencias sociales, se desplegó una trama relacional sumamente densa, que nos llevó “mucho más allá del limitado espacio y tiempo en el que estos árboles han echado raíces” (Lien y Davison, 2010, p. 17). Partiendo del análisis etnográfico de los discursos y las prácticas de los podadores, inspectoras y vecinos en torno al arbolado urbano, analicé ciertos modos recurrentes de concebir y experimentar la compleja relación entre naturaleza y ciudad.

Para concluir, quisiera aclarar que este análisis no pretende agotar las múltiples y variadas formas que puede asumir el vínculo naturaleza-ciudad, sino, simplemente, analizar ciertas posturas que prevalecen en el mantenimiento del arbolado de Buenos

Aires y que, quizá, puedan contribuir al abordaje de otras problemáticas ambientales urbanas. Considero, por último, que esta reflexión cobra una particular importancia en el apremiante contexto que nos plantean los cambios en el medioambiente. Hoy más que nunca nuestro modo de imaginar -y de producir- la ciudad, como si no hubiera más que humanos, se torna insostenible porque, incluso para nosotros, el ambiente urbano amenaza con volverse invivible¹³.

Bibliografía

- Bateson, G. (1998). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen.
- Braverman, I. (2014). Order and Disorder in the Urban Forest: A Foucauldian-Latourian Perspective. En Sandberg, A., Bardekjian, A., y Butt, S. (Eds.), *Urban Forests, Trees, and Greenspace*. Londres: Routledge.
- Daudet, A. (1873). Wood's town. En Sétrin, C. (Ed.), *Terror, transición, refugio: los bosques en la literatura occidental*. Villareal: Biblioteca Municipal de Vila-real.
- De Keijzer, B. (1997). El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva. En Tuñón, E. (Ed.), *Género y salud en el Sureste de México*. Villa Hermosa: ECOSUR y UJAD.
- Dean, J. (2014). The Unruly Tree: Stories from the Archives. En Sandberg, A., Bardekjian, A., y Butt, S. (Eds.), *Urban Forests, Trees, and Greenspace*. Londres: Routledge.
- Delgado, M. (2007). *Sociedades movedizas*. Barcelona: Anagrama.
- Delgado, M. (2014). El fetichismo del espacio público: Multitudes y ciudadanía a principios del siglo XXI. *Ciudades*, 11(19), 46–79.
- Delgado, M. (2016). *Ciudadanismo. La reforma ética y estética del capitalismo*. Madrid: La Catarata.

¹³ Retomo el término que utiliza Judith Butler (2020) en una conferencia en la UNAM denominada "¿Qué hace a la vida vivible?" [*What Makes for a Livable Life?*]

- Descola, P. y Pálsson, G. (2001). Introducción. En Descola, P. y Pálsson, G. (Eds.), *Naturaleza y sociedad: Perspectivas antropológicas*. México: Siglo XXI.
- Descola, P. (2012). *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Dirección General de Arbolado (2019). *Censo de Arbolado Público Lineal 2017-2018*. Buenos Aires: GCBA. Extraído de: <https://data.buenosaires.gob.ar/dataset/arbollado-publico-lineal>
- Douglas, M. (1991), *Pureza y peligro Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI.
- Espinosa, H. (2021). El espacio vivido. Hacia una etnografía radicalmente urbana. *Perifèria, revista de recerca i formació en antropologia*, 26(2), 96-120, <https://doi.org/10.5565/rev/periferia.848>
- Espinosa, H., y Contijoch, M. (2021). El espacio público y sus disconformes. Informalidad y conflicto urbano. *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana*, 16(2), 249–264. <https://doi.org/10.11156/aibr.160203>
- Fava, R. (2014). La clase media, entre la historia y la cultura. En Cravino, M.C. (Ed.), *Derecho a la ciudad y conflictos urbanos: la ocupación del Parque Indoamericano*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- González Bracco, M. (2013). Vecinos en defensa del patrimonio urbano en la Ciudad de Buenos Aires: Nuevas herramientas y nuevas alianzas. *Quid 16: Revista Del Área de Estudios Urbanos*, (3), 20–49. Extraído de <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/quid16/article/view/1141>
- Harvey, D. (1998) La experiencia del espacio y el tiempo. En *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hernández, S. (2012). La ciudad de los vecinos: Buenos Aires, 2007-2011. *Austral Comunicación*, 1(1), 1–15. <https://doi.org/10.26422/aucom.2012.0101.her>
- Hernández, S. (2013). ¿Un único modelo? La figura de “los vecinos” y las construcciones discursivas de lo urbano. *Revista Del Área de Estudios Urbanos*, 16, 50–65. Extraído de <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/quid16/article/view/1142/1030>

- Hernández, S. (2014). Los vecinos del vecindario al protagonismo. Un aporte comunicacional para pensar los procesos urbanos. *Avatares de La Comunicación y La Cultura*, 7, 1–17. Extraído de <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/avatares/article/view/4792>
- Jones, O., y Cloke, P. (2002). *Tree Cultures. The Place of Trees and Trees in Their Place*. Oxford: Berg.
- Kaika, M. (2004). Interrogating the Geographies of the Familiar: Domesticating Nature and Constructing the Autonomy of the Modern Home. *International Journal of Urban and Regional Research*, 28(2), 265–286. <https://doi.org/10.1111/j.0309-1317.2004.00519.x>
- Kaika, M. (2005). *City of Flows: Modernity, Nature and the City*. Londres: Routledge.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lefebvre, H. (1976). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza.
- Lefebvre, H. (2013) [1974]. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lien, M. E., y Davison, A. (2010). Roots, rupture and remembrance: The tasmanian lives of the monterey pine. *Journal of Material Culture*, 15(2), 1–21. <https://doi.org/10.1177/1359183510364078>
- Mauss, M. (1979). Ensayo sobre las variaciones estacionales en las sociedades esquimales. En *Sociología y antropología*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Pogue, R. (1992). *Forests, the shadow of civilization*. Chicago: University of Chicago Press.
- Sennett, R. (1990) *The conscience of the eye: The design and social life of cities*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Silla, R. (2010). Variaciones temporales, espaciales y estacionales de los crianceros del norte neuquino. *Revista Transporte y Territorio*, 3, 5–33. Extraído de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=333027081002>
- Smith, N. (2012). *La nueva frontera urbana*. Madrid: Traficantes de sueños.

Tuan, Y.-F. (1978). The city: it's distance from nature. *Geographical Review*, 68(1), 1-12. <https://doi.org/10.1038/144199a0>

Tufró, M. (2012). El apelativo vecino como categoría del discurso político: de las campañas del PRO a la disputa en Vicente López. Ponencia presentada en el XIV Congreso REDCOM, Universidad Nacional de Quilmes. Extraído de https://www.academia.edu/18402398/Manuel_Tufr%C3%B3_El_apelativo_vecino_en_el_discurso_del_PRO